

para contrabalancear los espléndidos homenajes que á cada paso se le ofrecian: su deber, desarrollando esa accion maravillosa que tiene tan pocos imitadores, daba un incremento continuo á su grande reputacion, y su conciencia, siempre al frente de la eternidad, parecia convertir en tormento lo que otros codician para su corazon cuando persiguen la gloria. Estudiaba sin cesar sus propios defectos, observaba escrupulosamente su limitacion, retiraba suavemente cuanto pudiera lisonjear su amor propio, y se afirmaba, como una inmensa estátua de bronce, sobre el cimiento de la mas humilde abnegacion, para sostenerse á la vista de su propia celebridad. Inoculó para siempre la gratitud en el corazon de sus conciudadanos, porque amaba al prójimo como á sí mismo; pero cerró siempre las puertas del suyo al concepto elevado, á la constante admiracion que producía y á los tributos eminentes y espontáneos que se le prodigaban, porque nunca quiso ver al hombre en la grandeza, porque amaba á Dios sobre todas las cosas; y ya que no le era posible renunciar á la celebridad; sorprendiendo el secreto de hacerla sólida, quiso incorporarse todo en las glorias inmortales de la virtud. A cada triunfo un sacrificio; á cada homenaje de la tierra una oblacion al cielo; á cada rayo de gloria una secreta confusion: he aquí su táctica, señores, para sostener con vigor y con buen éxito esa no interrumpida contienda que la humanidad sufre durante su travesía por la vida entre los sentidos y el espíritu, entre la religion y el mundo, entre la gracia y la naturaleza, entre la virtud y la gloria.

¡O si me fuera dado analizar aquí, para edificaros con su misma grandeza, todos los eminentes caracteres de su carrera social, seguir uno por uno todos sus triunfos en las grandes vicisitudes de la política, para mostraros en el gran principio que gobierna la accion del cristianismo la fuente de la

prosperidad pública, el agente supremo de la civilizacion y el timbre católico del verdadero ciudadano; mas yo debo llamar las glorias del Señor Portugal á la region de los sentimientos mas íntimos de todos los michoacanos, encarecer su preciosa vida en sus relaciones vastísimas con esta Santa Iglesia de Michoacan y toda la Iglesia mejicana, distraeros del ciudadano al Pontífice, para que observéis la gloria de Dios en el todo mas completo; trazaros el cuadro magnífico de sus virtudes apostólicas; y para ceñirme á una sola palabra, mostrar las glorias del episcopado en el genio y las virtudes de nuestro último Pontífice, dejando correr por todo este respectable auditorio el perdurable lustre de una institucion sublime que ha domado la barbarie, creado la civilizacion moderna, garantido las leyes, conservado el culto, depurado los principios, vindicado la fe, extendido la esperanza, estrechado los vínculos del amor, desarmado al cielo y santificado la tierra.

SEGUNDA PARTE.

Hai, señores, un estado cuyos caracteres elevan al hombre sobre las primeras cumbres de la tierra, para difundir la luz que purifica y enriquece la inteligencia, y el valor que forma las grandes virtudes, regir la conducta de los pueblos y enderezar al goce pleno de la mas alta ventura la siempre difícil y turbulenta marcha de toda la humanidad: un estado de misterio, por explicarme así, en que se personaliza la sublime alianza entre los cielos y la tierra: un estado que reasume cuanto los otros tienen de expansivo, benéfico y fecundo, y en que un solo ministro, tomando á su cargo la suerte y la

felicidad de todos los hombres, no lleva el nombre de *padre* y de *pastor*, sino porque á él toca por derecho difundir todas las luces, impedir todos los males, producir todos los bienes, enjugar todas las lágrimas, formar todas las virtudes y expedir el diploma decisivo para la eternidad: un estado por último, que afirma el poder, santifica la obediencia, conserva la moral, enseña la verdad, patrocina la virtud, consolida la grandeza y diviniza la gloria; en que el hombre ha llegado á reunir en un solo punto los intereses de Dios, los de sí mismo y los de todo el género humano; y en que no parece morir para el mundo, sino á fin de conquistar la inmortalidad de los cielos.

El hombre llamado á tan sublime estado es depósitario de un tesoro inestimable y cuenta con una fuerza y un poder irresistibles. El posee la sabiduría, practica la prudencia, enfrena las pasiones, concierta los atributos de la inteligencia con las cualidades del corazón, se incorpora en la felicidad que él mismo produce, y ante la imagen siempre viva y siempre fuerte de la virtud disipa las tinieblas de los sepulcros y humilla el poder indómito de la muerte. Colocado entre lo pasado y lo futuro, piensa con la razón de los sabios que le han precedido, y mira con la vista de los profetas que maneja sin cesar: abriga en su corazón las lecciones de los varones ilustres, revisa cuanto hai de grande, útil ó pernicioso entre todos los hombres y en todos los países de la tierra: otorga todos los días las primicias de su pensamiento al autor de su ser, y baja de los cielos con su oración continua y fervorosa el espíritu de inteligencia que luego esparce como la lluvia, con las máximas sublimes de la sabiduría sobre el espíritu de los pueblos: toma las alturas para distribuir la doctrina que enriquece su alma, y cifra toda su gloria en meditar y exponer de continuo la lei que no tuvo principio, el gran Testamento del Señor.

Ved con qué caracteres tan sublimes se ostenta en su palabra la sabiduría, y de qué modo tan diverso recoge y distribuye los rayos de la gloria: la celebridad le sorprende en su pacífico retiro, y mientras él deplora sus tinieblas, los hombres admiran su genio, la generación con quien vive recoge su sabiduría como un tesoro inapreciable que lega sin menoscabo á las generaciones que vienen. No temáis que perezca su memoria, porque las naciones pregonarán sus virtudes ilustres y la Iglesia toda celebrará sus alabanzas: no os alarméis al contemplar esa sublime abnegación en que se coloca, ni receléis tampoco que llegue á quedar desierta su tumba; porque “durante su vida, dice el Eclesiástico, tendrá mas nombradía que mil otros, y cuando le llegue su hora entrará sin inquietud en la carrera misteriosa de la eternidad.”¹

Tales son, señores, los datos verdaderos y únicos que el Espíritu Santo me suministra para comprender y estimar la verdadera gloria; y es muy grato para mí haber sorprendido vuestro corazón con un retrato que tiene una imagen en cada uno de los que me escuchan. Yo no he temido hacer esta pintura para daros el antecedente instructivo que debe prepararos á presenciar el cuadro de este modelo que ha quedado en la Santa Iglesia de Michoacan, para la perfección del sacerdocio, sobre el respetable sepulcro de nuestro digno Prelado. Dios ha querido, sin duda, que quedase ahí en pie para su gloria y nuestro ejemplo, y me ha destinado á mí para que sea su intérprete delante de vosotros, explicando lo que quiere de sus ministros con solo referir lo que ha hecho el venerable Pontífice de quien hablo.

Grave, modesto, recogido, obediente, piadoso en suma; tal

¹ Eccli. Cap. XXIX, v. 13.

se me representa este hombre cuando corrieron los bellos dias de su infancia, dando á esta primera época de la vida cuanto concederla podia la virtud y el juicio, y rehusándola con firmeza mui superior á sus años lo que piden entónces los sentidos y los caprichos de la edad, é imperiosamente demandan ya desde léjos las pasiones que se insinuan. Creo verle entre los niños como el pequeño sacerdote de la infancia, rodeado de ciertos respetos y gozando de ciertas consideraciones que acaso no comprendia. Mil bellos pronósticos andaban tal vez delante de sus pasos, y él acaso no daba uno solo sin justificarlos y robustecerlos.

Trasládome al Seminario con mi imaginacion inspirada por su virtud, y le veo allí continuar esta carrera pacífica y digna, realizando con su conducta inalterablemente arreglada la idea inexplicablemente grata de un verdadero *seminarista*, es decir de una piedra escogida para la casa de Dios, colocada incesantemente bajo la mano laboriosa de la gracia, de una semilla católica, preparada y robustecida para que no se acabe nunca, sino ántes bien crezca y se multiplique la verdad y la virtud entre los hombres: de un verdadero *seminarista*, es decir, de uno que se forma en la escuela del Santo Concilio de Trento, y que lleva sobre los emblemas que adornan su vestidura, las esperanzas vivas de la Iglesia y del Estado: de un verdadero *seminarista*, es decir, de un jóven que en el pulimento de su razon y en el cultivo de su voluntad no anda solo bajo la direccion de un ayo, ni se reduce al círculo de una escuela secular por mui numerosa que sea, sino que camina siempre entre la historia y la eternidad, trayendo á á sus espaldas sesenta siglos de tradiciones augustas, de memorias venerables y de glorias diversas, y teniendo al frente la santidad y la bienaventuranza, como objeto y término de su vasta carrera: de un *seminarista*, es decir, de uno que

se incorpora en esa única universidad católica, constituida sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y levantada sobre la piedra angular de Jesucristo, donde están todas las verdades y todas las virtudes, y á donde no penetran los errores y los vicios sino para huir con la reprobacion y el anatema: de un verdadero *seminarista*, de un candidato del sacerdocio, de un levita en el cuerpo de la familia, de un ministro sagrado bajo la accion del magisterio, de un apóstol en su cuna, de un Pontífice en la escuela de Jesucristo.

Todos aguardaban con impaciencia ver las manos del Pontífice sobre aquella frente limpia: y su advenimiento al sacerdocio no causó la sensacion de la sorpresa, sino el indefinible gozo de un deseo felizmente realizado. Un sacerdote, señores, tiene varios ministerios en la casa de Dios, y el Señor Portugal, que habia de venir con el tiempo á incorporarse en la augusta asamblea de los pontífices, se preparó á esta vocacion de plenitud con el ejercicio constante del sacro presbiterado. No llevaba sobre sus hombros el destino eterno de una feligresía bajo el título de Párroco, y ya se aprestaba irresistiblemente impelido por el espíritu de su vocacion al ejercicio de todos los nobles atributos de estos padres de los pueblos. Amigo de las ciencias y del estudio como el que mas, pudo haber quedado satisfecho con ocho años de incesantes trabajos científicos, sostenidos por el celo de la Iglesia y empleados en formar la juventud de donde habian de salir los sacerdotes. Pero la caridad, siempre fecunda y siempre expansiva, no sabe restringirse; y por esto, cuando acaba de dejar los libros en su habitacion, y las doctrinas en el espíritu de sus discípulos, recoge como en un punto los ahorros de tiempo que en cada dia le proporciona su eficacia, para salir de su colegio á explayar su corazon con los únicos recreos que

tiene un verdadero sacerdote, en el íntimo comercio con Dios y la edificacion constante de sus hermanos. La palabra *no me obliga*, jamas posó sobre sus lábios. Lleno siempre de caridad y de celo, hallaba siempre en su corazon de padre los preceptos que no encontraba en los decretos de la Iglesia. Ya le veis asistente á las piscinas sagradas para lavar con la sangre del cordero los pecados del mundo; ya con Jesucristo en las manos para ministrar la vianda de eterna salud en el rico festin del Esposo; ya en la cátedra del Espíritu Santo para repartir el alimento de la doctrina, tronar contra los vicios, exponer á la veneracion pública los misterios de nuestra redencion, encarecer la felicidad de los justos para darles sucesores en la tierra, hablar en favor de la sociedad y en nombre de la religion á esas respetables asambleas, cuyo sufragio solemne habia de formar al magistrado; ya finalmente, para honrar con la elocuencia fúnebre la memoria de los hombres eminentes: es decir, señores, la predicacion en todos sus aspectos, en todas sus glorias, si queréis.

Fuera de estos ministerios, ¿quién contaria esos otros de que tan inmenso partido saca la familia de Jesucristo? ¿Esos que pasan de la palabra al oido; pero que arrancan muchas víctimas á la desgracia y muchos pechos á la desesperacion? Fué pobre, porque estaba destinado á ser el padre de los pobres. ¡Tan sublime virtud mui raras veces se forma en las casas del opulento! Pero pobre, sintió muchas veces inundado su corazon con el santo gozo de la limosna. Verdadero sabio segun Dios, jamas buscó la medida y el peso material para estimar la virtud; porque su fe siempre viva le enseñaba que una sola gota de agua dada por Jesucristo, valia mas que todos los tesoros de Crespo repartidos por la mano estéril de la filantropía. Y pobre, señores, fué respetado, porque Dios le guardaba para ser el escudo y la egida del sacerdo-

cio en medio de un siglo frívolo. Siempre tenia presente que no llevaban mas de una túnica los vencedores de los Césares; pero bastante ilustrado para erigir un escrúpulo en una regla, comprendió los designios sociales del catolicismo, y veneraba en el Illmo. Cabañas lo que un espíritu ménos grande hubiera censurado. Lamentaba sí, como lamenta todo buen católico, las necesidades que han creado los siglos; pero reconocia y predicaba al mismo tiempo que el sublime carácter nunca habia de encubrirse bajo un brillante medio, sino enseñorearse á la faz del mundo de todas las grandezas, como dice San Gregorio. La decencia estuvo siempre en su porte y en su casa, como la sabiduría brillaba en su entendimiento, y la virtud se albergaba en su corazon.

Con unos antecedentes tan felices fué promovido á la coadjutoría de los pontífices, repartida, como bien lo sabeis, en ese respetable cuerpo de pastores de segundo orden que llevan el nombre de *Párrocos*.

¿Qué no podria deciros, señores, si escribiendo su historia, mas bien que consagrándole este fúnebre homenaje de admiracion y reconocimiento, autorizado por la santa Iglesia, tuviese á mi disposicion el tiempo y el auditorio, para seguirle paso á paso por toda su edificante carrera parroquial? ¡Ah! Yo os haria una pintura fiel de todos sus trabajos y vigili-
 as: os manifestaria con trasporte aquel prodigioso incremento de caridad y celo que le atraía tantas bendiciones de todas partes; os haria notar aquella tierna solicitud por su rebaño, que le fijó siempre en su primera parroquia, desechando los ascensos á donde su mérito reconocido le encumbraba: ¹ repasaría con trasporte para la gloria de Dios y edificacion vuestra, la dilatada carrera de quince años pasados al frente de

1 Véase la nota C al fin.

su pueblo, empleados en el ejercicio de todas las virtudes que la santa Iglesia quiere que brillen en los Párrocos, sin permitirse ni aun aquellos desahogos concedidos por el Santo Concilio para dar algún tiempo al descanso; rehusando salir del seno de su querida grei, aun con licencia de su Prelado, sino desde aquel día en que la causa pública, llamándole á otro género de negocios en nombre de la religion y de la patria, ensanchaba el círculo de accion en que habia de ejercitar su celo y su sabiduría. Sin hacer otra cosa que referir sencillamente su historia, estoi seguro que dejaria embelesada vuestra vista con el mas bello cuadro, presentándoos la imágen viva del verdadero padre del pueblo en el *Cura de Zapopam*. Pero, señores, breve es el tiempo, inagotable la materia; y con haberos hablado del Illmo. Portugal disponiendo su corazon para el clericato desde su tierna infancia, formándose para sacerdote desde su juventud como seminarista, ejerciendo el ministerio eclesiástico como simple presbítero, y presentando un perfecto dechado en su carrera parroquial á la imitacion de los que llevan sobre sus hombros por este aspecto la cruz de Jesucristo, apenas he iniciado mi asunto. El grande hombre estaba llamado á la cumbre del sacerdocio, para el ministerio del episcopado. Abriéronse los labios del Senado ilustre de esta Santa Iglesia, corrió la pluma del primer magistrado de la nacion, el *fiat* resonó en los grandes consistorios del Pontífice, y el nombre del Señor Portugal vino á colocarse como en su lugar propio, en las mas gloriosas páginas de la historia de la Iglesia mejicana. Ese nombre estaba reservado en los decretos de Dios para dar la vuelta al mundo, porque la reputacion merecida, la mui crecida fama del Pontífice que acabamos de perder, bien sabéis que no estuvieron aprisionadas entre el Pacífico y el Atlántico. Ese nombre está incor-

porado en nuestra historia contemporánea, que no pudiendo ser el trasunto de la regularidad constante en el orden social, pasará á las venideras generaciones como un cuadro de incessantes y caprichosas vicisitudes para el Estado y de violentos ataques y enconadas persecuciones para la Iglesia. Preparábasela, como la experiencia nos lo ha enseñado, una época de gran tribulacion, pruebas terribles y crisis funestas; y Dios, que cuando está para precipitar la nieve, prodiga el vellon sobre la piel de las ovejas para que no vayan á perecer, mandó al infierno que esperase, hasta que el nuevo Pontífice no hubiese tomado posesion de la Iglesia de Michoacan. La Iglesia necesitaba un genio, y este genio fué el Señor Portugal: la contienda religiosa necesitaba un héroe, y este héroe fué el Señor Portugal: el movimiento intelectual de las ciencias necesitaba una luz, y esta luz fué el Señor Portugal: la humanidad afligida por todos los azotes necesitaba un padre, y este padre fué el Señor Portugal: el entónces presente y futuro clero habia menester de un Pontífice, y este Pontífice fué el Señor Portugal: el concierto de la justicia y la misericordia exigia una víctima, y esta víctima fué el Señor Portugal. He aquí, señores, anunciado el resto de mi asunto y justificada la sobriedad con que he procedido al tocar los otros puntos de su carrera. Vengamos pues á los vastos pormenores de este conjunto sublime, consagrando un tributo fúnebre y glorioso al mismo tiempo al último Obispo de Michoacan.

Mas al tocar este punto un torrente de luz inunda mi alma, ideas magníficas circulan por mi mente, sentimientos nobles y generosos hincen mi corazon: el aspecto lúgubre de la muerte desaparece ante las glorias sublimes del pontificado, y el arcano de la resurreccion se personifica en los recuerdos vivos de tantos pontífices ilustres y de tantos he-